



ÓSCAR LÓPEZ



DEL 15M AL PROCÉS:




LA GRAN TRANSFORMACIÓN
DE LA POLÍTICA ESPAÑOLA



PODEMOS, CIUDADANOS, EL DESAFÍO
SOBERANISTA Y EL FIN DEL BIPARTIDISMO



UN ENSAYO SOBRE EL CAMBIO RADICAL DE LA POLÍTICA
ESPAÑOLA DURANTE LOS ÚLTIMOS AÑOS



DEUSTO

Del 15M al Procés: la gran transformación de la política española

Podemos, Ciudadanos, el desafío soberanista
y el fin del bipartidismo

ÓSCAR LÓPEZ



EDICIONES DEUSTO

© 2018 Oscar López

© Editorial Planeta, S.A., 2018

© de esta edición: Centro de Libros PAPP, SLU.

Deusto es un sello editorial de Centro de Libros PAPP, SLU.

Av. Diagonal, 662-664

08034 Barcelona

www.planetadelibros.com

ISBN: 978-84-234-2941-7

Depósito legal: B. 11.478-2018

Primera edición: junio de 2018

Preimpresión: pleka sep

Impreso por Romanyà Valls, S.A.

Impreso en España - *Printed in Spain*

No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea éste electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito del editor. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (Art. 270 y siguientes del Código Penal).

Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra. Puede contactar con CEDRO a través de la web www.conlicencia.com o por teléfono en el 91.702.19.70 / 93.272.04.47.

Sumario

Introducción	11
1. Un mundo nuevo	19
2. Tus hijos vivirán peor que tú	31
3. La casta	39
4. Lo viejo y lo nuevo	53
5. El PPSOE: «Y tú más»	63
6. «El de la coleta»	71
7. Telepolítica	91
8. Un café con Évole	107
9. Madrid y Barcelona	115
10. El «pactómetro»	121
11. Operación «sorpasso»	131
12. Guerrilla	145
13. Vistalegre: segundas partes... ..	155
14. El camino que va del 135 al 155	165
15. El Procés en Cataluña	175
16. El Procés en el resto de España (y de Europa)	185
17. ¿Tsunami también en la derecha?	203
18. Ciudadanos S.L.	215
19. La paradoja socialdemócrata	225

20. Socialdemocracia y futuro	231
21. Los Estados Unidos de América y las naciones divididas de Europa.	237
22. Y ahora, ¿qué?	247
Agradecimientos.	259
Bibliografía	261

Un mundo nuevo

Yo creo que estamos peor que hace 10 años. El que no tiene trabajo sigue sin trabajo y el que lo tiene es más precario... Es una crisis económica, política, de valores...

GRUPO DE TRABAJADORES. MIXTO, 45-55 años.
Valencia, marzo de 2015

El siglo XX no terminó con la caída del muro de Berlín, sino con la caída de Lehman Brothers y el nacimiento de Facebook.

Cuando decimos Lehman Brothers, nos referimos a Goldman Sachs, Fannie Mae y Freddie Mac, AIG, Bankia, Fadesa o las cajas de ahorros en España, es decir, todo el sistema financiero e inmobiliario occidental, que sufrió en 2008 el mayor colapso de su historia.

Cuando hablamos de Facebook, incluimos Twitter, Whatsapp, Instagram, Telegram y el resto de redes sociales de las que hoy son usuarios cientos de millones de personas en todo el planeta. Todas ellas no existían en la primera década del siglo XXI.

Durante la Nochevieja del año 1999 no hubo ningún colapso digital internacional ni una invasión extraterrestre, ni siquiera una rebelión de los robots, como anunciaban todas las profecías sobre el cambio de milenio, pero en 2008 el colapso fue económico, se acabó el siglo XX y nació el siglo XXI. Dicho colapso, y la crisis derivada de éste, junto a las nuevas tecnologías y las redes sociales, han transformado radicalmente el mundo en tan sólo diez años. En el siglo XX se produjeron más cambios socioeconómicos que en los diecinueve siglos anteriores. Y en la

segunda década del siglo XXI han ocurrido tantos como en todo el siglo XX.

Un país «comunista», como China, aspira a ser la primera potencia económica del mundo en plena edad dorada del capitalismo y el consumismo.

Un partido de corte «españolista», como Ciudadanos, ha ganado las elecciones autonómicas de Cataluña en pleno año 2017, y lo ha hecho en votos pero también en escaños.

Las elecciones presidenciales que tuvieron lugar en Estados Unidos en el año 2017 estuvieron claramente influenciadas desde Rusia y absolutamente nadie en Estados Unidos pudo prever la victoria de Trump.

La extrema derecha ha renacido en Europa, empezando por Francia y Alemania.

Por primera vez un país sale de la Unión Europea, y lo hace mediante referéndum, con el voto de sus ciudadanos. No se trata de cualquier país, sino de uno de los socios fundadores del club, de los más poblados y de los más potentes económicamente. Durante sesenta años, habíamos discutido sobre las sucesivas ampliaciones de la Unión Europea, pero ahora lo hacemos sobre el *brexit*. Antes debatíamos sobre las condiciones para formar parte del club y ahora lo hacemos sobre las condiciones para salirse del mismo.

Países enteros, como Grecia, han tenido que ser rescatados ante su insolvencia económica, cediendo así gran parte de su soberanía en favor de sus «rescatadores» o «prestamistas».

Decenas de corporaciones multinacionales manejan mucho más presupuesto que la mayoría de los países, que son incapaces de ponerse de acuerdo para evitar la evasión fiscal o el *dumping* social.

Cualquier obra que arrancara con estas siete afirmaciones podría haber sido catalogada dentro del género de la ciencia ficción hace tan sólo diez años, pero todo ello es realidad en 2018.

Hoy, la clase media retrocede y se concentra el capital en cantidades que Marx no hubiera sido capaz de imaginar. Por primera vez en la historia, un solo hombre acumula una fortuna superior a los 90.600 millones de dólares. La misma cantidad que

ingresan en un año por todos los conceptos países como Irlanda o la República Checa. Más del doble del presupuesto anual de una comunidad como Andalucía, lo que supone, entre otras cosas, todo el coste en educación y sanidad de una población de más de ocho millones de personas.

El dueño de esa fortuna se llama Jeff Bezos y es el propietario de Amazon. No es casualidad, porque Amazon es el símbolo del nuevo siglo: consumo en estado puro, sin limitaciones, pura oferta y demanda, inmediato, sin fronteras, a la puerta de tu casa y a través de la red.

En el siglo XX fue de Coca-Cola, General Motors o Zara.

El siglo XXI es de Amazon, Google o Facebook.

De la industria a los servicios, de la fábrica a la red, de las grandes plantillas a plantillas mínimas, del consumo de materias primas a la industria del conocimiento, de las plazas de mercado a los centros comerciales para acabar comprando desde casa. Del debate sobre la apertura de los comercios durante los fines de semana a estar abierto todos los días del año a todas las horas. Los cambios son profundos y afectan a todos.

La crisis financiera internacional y las nuevas tecnologías han transformado la vida cotidiana, el trabajo, las relaciones personales, los viajes, el consumo, el ocio... El mundo nacido en la segunda década del siglo XXI es mucho más rápido, está más informado (o intoxicado) y conectado, no conoce fronteras ni limitaciones...

En el siglo XX discutíamos sobre la ampliación y la extensión del Estado del Bienestar, y hemos comenzado el siglo XXI cuestionando su sostenimiento y viabilidad.

Tony Judt resumió como nadie el resquebrajamiento del modelo de bienestar socialdemócrata creado en la segunda mitad del siglo XX, y advirtió sobre los riesgos del liberalismo rampante de comienzos del siglo XXI en una sola frase: «¡Algo va mal!»

El capitalismo y el consumismo parecen haber ganado definitivamente todas las batallas ideológicas y religiosas, aunque lo cierto es que surgen en el horizonte inmediato rivales mucho

más temibles que cualquiera de los que han derrotado hasta ahora. La genética, la inteligencia artificial y, sobre todo, el cambio climático son la mayor amenaza que ha enfrentado el modelo liberal basado en el capitalismo y el consumismo, con el agravante de que con el crecimiento de unos se alimenta el riesgo de los otros. Sin embargo, todavía hoy el capitalismo y el consumismo disfrutan de su victoria y de su reinado. Ambos conducen despreocupados por una autopista despejada, sin rivales que adelantar en el horizonte y sin darse cuenta de que los que ven en el retrovisor están más cerca de lo que parece,

El capitalismo y el consumismo se han demostrado imbatibles frente a sus rivales cuando pisan el acelerador, pero no han demostrado todavía saber combatir a sus nuevos enemigos, porque para ganarles necesitan frenar y eso va contra su propia esencia. De hecho, el modelo se basa en un crecimiento ilimitado y se considera un fracaso un crecimiento anual inferior al 3 por ciento del Producto Interior Bruto.

No hay ninguna duda de que el cambio climático, la inteligencia artificial o la genética pueden modificar en el medio plazo el modelo económico y social del liberalismo basado en el capitalismo consumista, transformando profundamente el estilo de vida del ser humano. Pero mientras eso ocurre los dos pilotos siguen circulando a toda velocidad por la autopista, despreocupados.

A principios del siglo XXI, el individualismo llevado al extremo del hedonismo y el egoísmo han dejado de ser peyorativos para ser un modelo de comportamiento extendido (y aplaudido) a través de las cuentas personales de Facebook o de Instagram de millones de personas, en un mundo donde cuenta más compartir (presumir) que sentir. La satisfacción se encuentra en enseñar lo que se hace y no en hacerlo. Lo importante es estar en la red y, sobre todo, «subir» a la red.

Yuval Noah Harari expone en su obra *Homo Deus* los riesgos de la nueva religión/ideología del siglo XXI, el «dataísmo», en una sociedad en la cual el algoritmo está desplazando la maravillosa subjetividad del ser humano y del pensamiento humanista.

Sin la amenaza del comunismo como contrapeso, el capitalismo y el consumismo han colonizado el planeta entero. La pro-

ducción y el consumo, el estilo de vida, los referentes culturales o deportivos se han globalizado y están instalados incluso en aquellos rincones donde supuestamente (nominalmente) existen otros modelos.

Las marcas de moda, la música, las estrellas deportivas, las películas o las series televisivas norteamericanas son compartidas en democracias, dictaduras, en países laicos, católicos, protestantes, musulmanes, judíos o budistas. Repúblicas y monarquías, países capitalistas y —llamados— comunistas consumen actualmente los mismos referentes a través de la red; y antes ya lo hacían, a través de antenas parabólicas.

Llevamos más de treinta años discutiendo sobre la globalización pero poco se ha conseguido desde la política, salvo la —siempre lenta— integración europea o las cumbres climáticas —con modestos resultados—. Todavía hoy siguen sin existir verdaderos centros de decisión multilaterales sobre fiscalidad, regulación del trabajo o derechos sociales.

Actualmente, somos consumidores planetarios pero votantes locales. El modelo económico globalizó el consumo, y como consumidores no nos comportamos ya en clave nacional, mientras que las opiniones públicas se siguen pensando mayoritariamente en clave nacional (cuando no regional o local). En consecuencia, somos consumidores globales pero votantes locales. Podemos tomar decisiones de consumo sobre productos de cualquier país, pero no podemos decidir sobre los gobiernos o las decisiones de los gobiernos de otros países.

De ahí que en pleno siglo XXI sigamos con una economía globalizada que no puede ser gobernada por una política que sigue actuando en clave nacional. Todo ello provoca una sensación positiva a los «consumidores», quienes acceden a productos más variados, a menor precio y a mayor velocidad; pero, a su vez, produce una frustración creciente entre los «electores», que no ven que la política satisfaga sus demandas. Lo cierto es que mientras sigamos con una economía global y una política local, el mercado seguirá ganando prestigio mientras lo pierden la política y lo pú-

blico. El mercado es capaz de satisfacer a sus clientes con creces, mientras que el Estado (la política y los políticos) es incapaz de satisfacer las demandas de sus electores.

Hoy, los Estados-nación son incapaces de hacer frente por separado a retos como el cambio climático, el *dumping* social, el narcotráfico, el tráfico de personas o las crisis de refugiados.

La razón es que no existen respuestas locales cuando las preguntas son globales y ello no hace más que profundizar en la imagen de fracaso de la política, con la frustración correspondiente entre los ciudadanos que ven cómo se precariza su empleo y se recortan derechos conquistados mientras las grandes corporaciones amasan fortunas internacionales y evaden sus obligaciones fiscales.

El siglo XXI no es como la segunda mitad del siglo XX.

La primera mitad del siglo XX estuvo regida por extremismos. Varias dictaduras se implantaron en Europa desde el oeste hasta el este, desde España hasta la Unión Soviética pasando por Alemania, y tuvieron como resultado dos guerras mundiales, varias guerras civiles y decenas de millones de muertos.

La segunda mitad del siglo XX trajo la paz, la libertad, la prosperidad y el progreso. Las democracias occidentales se aplicaron a fondo en la consecución del llamado Estado del Bienestar.

España lo hizo a partir del año 1978, cuando decidió denominarse como un «Estado social y democrático de derecho».

El Estado del Bienestar se desarrolló de la mano de la socialdemocracia en toda Europa, y el éxito de ambos creció en paralelo. Con los países nórdicos como referentes, toda Europa (incluido el sur) construyó fuertes modelos de protección social que extendieron la sanidad, la educación, las pensiones o los derechos laborales a todos sus ciudadanos, y lo hicieron con sistemas fiscales progresivos que fueron socialmente aceptados al ser considerados justos por la población de dichos países.

La paz, la democracia y la libertad parecían garantizados —por fin— en Europa, pero también la prosperidad y el bienestar. Europa entera había sido tierra de emigrantes —que poblaron el

continente americano— y se convirtió entonces en tierra de acogida de inmigrantes atraídos por dicho bienestar. Millones de africanos y asiáticos llegaron entre 1960 y 2010. Hoy en países como Francia, Alemania o Reino Unido convive ya la tercera generación de ellos.

La mayor parte de los países europeos contó con mayorías socialdemócratas durante la mayoría del tiempo transcurrido en las cuatro décadas finales del siglo xx.

En 2018, sólo Portugal, Suecia, Eslovaquia, Malta y Rumanía cuentan con un presidente socialista o socialdemócrata entre los 28 países de la Unión Europea (5 de 28).

El Partido Socialista Europeo actualiza su mapa cada vez que hay elecciones nacionales en algún rincón del Viejo Continente, y éste era el desolador panorama del mismo en 2018: Gobiernos socialistas o socialdemócratas en la UE.



Mapa elaborado por el Partido Socialista Europeo.

En la actualidad, los cinco grandes de la UE (los países más poblados y con más tamaño económico, a excepción de Italia, que vive su enésima crisis de gobernabilidad) cuentan con presidentes conservadores o liberales: Alemania, Francia, Reino Unido y España. Sin olvidar que países tan importantes como Francia o Grecia tienen gobiernos de partidos que no existían en el siglo XX ni tan sólo hace 10 años.

¿Cómo hemos llegado hasta aquí?

Existen múltiples razones. No se puede menospreciar la corrupción y el daño devastador que ésta produce en la izquierda, en términos electorales, por su contradicción frontal con los propios principios enarbolados desde la propia izquierda. Es evidente que la corrupción y algunos comportamientos personales alejados del discurso han devastado la credibilidad de estos partidos durante décadas en toda Europa.

No es menos cierto que ejercicios de contorsionismo político como la «tercera vía» de Tony Blair en el Reino Unido o la «gran coalición» del SPD con la CDU en Alemania han contribuido al vaciamiento ideológico.

Tampoco es menos cierto que el modelo del bienestar se basaba en gobiernos y economías nacionales mientras que hoy, en un mundo globalizado, faltan herramientas desde los Estados para cumplir con las promesas de la socialdemocracia.

Por otra parte, el relato socialdemócrata transmitía la épica de la conquista durante la segunda mitad del siglo XX, mientras que actualmente destila el tedio de la defensa del *statu quo*. En ese sentido, se puede decir que la socialdemocracia (siempre progresista) aparenta haberse convertido en conservadora, pues parece que aspira a conservar el modelo levantado en el siglo XX y no en conquistar nuevos territorios en el siglo XXI.

El lenguaje siempre es revelador. Los verbos más repetidos hoy en los discursos y programas socialdemócratas son: defender, mantener, blindar, seguir garantizando, conservar... Mientras, hace décadas eran: conquistar, conseguir, extender, avanzar, progresar...

Pero lo cierto es que no es posible mantener inmutable el mismo modelo social con parámetros demográficos, laborales,

económicos o de opinión pública tan diferentes a los que fueron utilizados para diseñar dicho modelo.

Por otra parte, en la era digital (basada en ceros y unos) todo es binario. No hay espacio para la escala de grises porque todo ha de ser blanco o negro, y precisamente la escala de grises era el reino de la socialdemocracia. Mercado libre sí, pero regulado. Estado fuerte sí, pero con libertad de mercado.

Desde Estados Unidos hasta Cataluña, en los últimos cinco años todas las decisiones que se han tomado votando, bien sea en forma de elecciones o de referéndum, han acabado polarizándose y beneficiando a los partidarios de las opciones más contundentes y con menos matices. Del mismo modo, las posiciones intermedias o más matizadas han cosechado rotundos fracasos electorales.

Así pues, la corrupción, algunos comportamientos alejados del discurso, el contorsionismo político, los cambios económicos, sociales y demográficos, el agotamiento de la épica y la transformación conservadora del discurso son una parte muy importante del retroceso de la socialdemocracia.

Pero existe una razón más, y es nuclear. El modelo socialdemócrata se basa en un pacto a cambio de una promesa. Es un pacto entre minorías y mayorías, entre empresarios y trabajadores, entre quienes acumulan más riqueza y entre quienes no la tienen; un pacto entre trabajadores de diferentes generaciones, entre el Estado y el mercado, entre sanos y enfermos. Un acuerdo que puso en marcha el «ascensor social» y se convirtió en una maquinaria perfecta de fabricación de clase media y redistribución de la riqueza en la segunda mitad del siglo XX. Una clase media que a su vez tenía mayor capacidad de consumo, con lo que no sólo salían beneficiados finalmente la democracia y el Estado, sino también el mercado.

Sin embargo, existe un reproche por parte de algunos socialdemócratas, cargado de prejuicios, hacia dichas clases medias. Entienden, quienes así piensan, que fueron precisamente las clases medias —ensanchadas por las políticas de la socialdemocracia— quienes la traicionaron convirtiéndose en votantes conservadores. Lo cierto es que en la última década el término «clase

media» se ha aplicado a más gente que nunca en la historia mientras vaciaba su contenido o, al menos, redefinía su significado. Las clases medias han retrocedido en los países más desarrollados, aunque cada vez más gente se autodefinen como tal.

Hoy día, la confusión entre los términos «clase media» y «clase trabajadora» es tal que es difícil diferenciarlas. De hecho, aparecen nuevos conceptos como el de «trabajadores pobres» debido al abaratamiento de la mano de obra.

Parece obvio, sin embargo, que sólo el avance de las clases medias puede consolidar las democracias y el propio Estado social, ya que ambos necesitan de grandes masas de contribuyentes y de ciudadanos exigentes, libres, informados y cultos para su existencia.

El problema hoy es que todo Occidente se repite las mismas preguntas:

- ¿Es sostenible nuestro nivel de consumo?
- ¿Se pueden mantener nuestras pensiones y nuestra atención médica con una esperanza de vida que no hace sino aumentar la pirámide invertida de población?
- ¿Cuál es el límite de endeudamiento de países, familias y empresas?
- ¿Podemos mantener nuestra forma de vida a base de conocimiento, ocio, turismo, investigación o diseño mientras se produce o se cosecha en otros rincones del planeta?
- ¿Seguimos comprando a empresas que producen más barato porque recurren a la explotación infantil o a la evasión fiscal en otros países?
- ¿Es el fin del trabajo tal y como lo conocemos?
- ¿Existe el crecimiento ilimitado?

Lo cierto es que la izquierda democrática no ha encontrado todavía todas las respuestas y no lo hará replegándose sobre sus respectivas naciones, porque gran parte de las soluciones han de ser transnacionales. Asimismo, tampoco conseguirá encontrarlas buscando sólo en los textos del pasado, porque las nuevas realidades exigen nuevas visiones.

Es verdaderamente paradójico que de esta crisis hayan salido reforzados ideológicamente los apóstoles de la desregulación y el liberalismo económico, que son precisamente quienes están detrás de la quiebra de un modelo que las mayorías parecen añorar. Pero el capitalismo ha demostrado su fortaleza y ha encontrado un gran aliado en el populismo.

Cuando no hay respuestas para corregir la deriva del modelo, triunfan las posiciones binarias: a favor o en contra. Los que defienden que todo siga igual y los que defienden la demolición o sencillamente critican el modelo sin dar una alternativa.

La reforma ha quedado aplastada entre el mantenimiento y la demolición, el triunfo del todo o nada; y sólo devolviendo el equilibrio y la credibilidad al gran pacto socialdemócrata, la izquierda democrática volverá a ser mayoritaria en las urnas en Occidente.

Debemos tener claro que dicha credibilidad será imposible de recuperar sin que la política tenga herramientas supranacionales, absolutamente imprescindibles en un mundo globalizado. No olvidemos que tenemos una al alcance de nuestra mano: la verdadera integración política europea.

Una Europa que vuelva a hacer posible el gran pacto socialdemócrata que se contenía en una gran promesa que resumía todo su sentido: «[...] y hacemos todo esto para que tú vivas mejor que tus padres, y TUS HIJOS VIVAN MEJOR QUE TÚ».

Ha pasado medio siglo y por primera vez desde el fin de la segunda guerra mundial y la puesta en marcha del modelo del bienestar, de la socialdemocracia y de nuestra propia forma de vida actual, millones de personas se cuestionan esta afirmación.